



ROMANCE TRAGICO

DE LISARDO EL ESTUDIANTE DE CORDOBA.

Refiérense los lances amorosos, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, por los amores que tuvo con una dama llamada Doña Teodora, natural de la ciudad de Salamanca; con lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Escucha Cárlos mi historia sino te enfada el oírta, por lo estraordinaria y larga, no menos que por prolija y triste en su confusion: pues ella será vestida de repetidos asombros, siempre anunciando desdichas. Mi nombre propio es Lisardo, Córdoba es la patria mia, y tierra donde mis ojos

la primera luz veían: el apellido no es justo que en público lo repita; tú lo sabes, y lo callo por honor de mi familia. En esta ciudad criéme con las costumbres debidas, y estilos mas bien versados que hay en la caballería. Y despues que hube estudiado hasta la filosofia,



Llegué á la edad mas perfecta
 de mis años, pues cumplia
 diez y siete primaveras,
 cuando mi padre sentía
 que andaba mal divertido,
 con que al instante me envia
 á estudiar á Salamanca,
 fletándome la partida
 con dineros y un criado
 que llevé en mi compañía.
 Dentro pues de breve tiempo
 á los muros dimos vista
 de Salamanca, entré en ella,
 descansé, y al otro dia
 la Universidad visito
 de las escuelas antiguas,
 donde estudiantes concurren
 de toda la monarquía.
 Tres años cursé las leyes,
 siendo rayo en la porfía
 de conferir competencias,
 dándole á todo salida,
 y por esto en la ciudad
 todos ya me conocian.
 Adquirí muchos amigos
 de mi propia gerarquía,
 y entre estos mi voluntad
 á uno solo preferia,
 mi corazon le fiaba,
 y él el suyo me ofrecia.
 Claudio tenia por nombre,
 siendo la amistad tan fina,
 que tú por tú nos hablamos:
 Claudio una hermana tenia,
 llamada Doña Teodora,
 de virtudes tan crecidas,
 de discrecion recatada,
 que de sus ojos las niñas
 jamás levantó del suelo,
 siempre de Dios asistida.

Robóme su amor el alma,
 quedando yerto y sin vida
 desde el punto que la vi:
 era una hoguera encendida
 mi pecho, un bolcan ardiente,
 y aunque me hallaba á la vista
 de Teodora, nunca pude
 hablarle sino por cifras.
 Y ella honesta y sonrojada
 se hacia desentendida,
 bien por temor de su hermano,
 ó por rigor de dos tias,
 que eran las que la criaron,
 y á su cargo la tenian.
 Quise pedirla á su hermano,
 y me dieron la noticia
 de que estaba para monja
 dedicada y dirigida.
 Apenas tan tristes nuevas
 adquirí, cuando mis dichas
 se desplomaron al suelo,
 quedando desde aquel dia
 descuadernado de insultos,
 desvelado de fatigas,
 ostigado de congojas,
 en fin sin norte y sin guia,
 hasta que tuve ocasion
 por una criada antigua
 de la casa de Teodora,
 que humilde y compadecida
 de mí, se determinó
 por un postigo que habia
 el darme entrada una noche,
 de algun interés movida.
 Hízome francas las puertas,
 y con huellas no sentidas
 armé de valor el miedo,
 subí una escalera arriba,
 llegué al cuarto de Teodora,
 y á la luz de una bugía

la vide estar inclinada
 á un libro donde leía,
 tan embebida en extremo,
 que hasta que la sombra mia
 la hizo que recordase,
 no sintió quien lo impedia.
 Quitó del libro los ojos,
 y temblando, estremecida,
 fue á hablarme, mas no pudo.
 Yo entonces, señora mia,
 la dije, no os asusteis,
 que vuestro honor no peligrá,
 que nunca está mas guardado
 que ahora, que lo cobija
 sangre noble; mas no es tiempo
 de que mi descargo os diga,
 cuando miro los temores
 cercados de mí osadía;
 contemplo tambien los riesgos
 que os ofuscan y fatigan:
 y así disculpe mi arrojé
 aquesta llama encendida,
 aqueste amor abrasado
 que tanto hácia vos me inclina.
 Mil veces mis tristes ojos
 os han dado la noticia
 que con el alma os adoro,
 y á todo desentendida
 os habeis hecho, sin dar
 señas de correspondida.
 Y si al entrar religiosa
 vuestra afición os dedica,
 no quiero servir de estorvo,
 que en el estado en que sigas,
 seré gustoso en serviros
 con el alma mientras viva,
 con pensamientos honestos.
 En tanto que le decia
 todas estas espresiones,
 Teodora volviendo iba

del susto, terror y espanto,
 al aire un suspiro afirma,
 y deshojando el clável
 de sus labios, me decia:
 ay Lisardo, ¡quién pudiera
 á tu amor darle cabida,
 sin romper obligaciones
 del voto que ya me obliga!
 Mira mi recogimiento,
 mira el fervor que me anima,
 mira tambien la palabra
 que á Dios le tengo ofrecida;
 y pues eres entendido
 no inquietes la pasión mia.
 ¿para qué hemos de engolfarnos,
 donde esperanzas no hay vivas,
 sino de muertos deseos?
 Y mañana, en aquel día,
 sabes que voy á un convento
 con voluntad libre y fina.
 Galantea otra hermosura
 que te pague con caricias:
 yo me alegraré que halles
 quien á tu afecto se rinda,
 quien te llene de favores
 y tus estandartes siga;
 que de mí no has de sacar
 mas que el serte agradecida.
 Y diciendo estas razones,
 con ruegos me encarecia,
 la dejé sola y me salgo
 de la casa, pues sentia
 no recordase su hermano.
 Viendo que razón tenia,
 la obedecí luego al punto:
 confuso me despedia;
 bajo al jardín, siento ruido
 de armas, y que decia
 una voz: abrid, matadle.
 Tendí la vista, y veía

en la puerta un embozado,
 y al ver que no parecia
 la criada, presumí
 alguna traicion urdida.
 Entre confuso y turbado,
 con mi espada prevenida
 salgo á la calle de un vuelo,
 y mi contrario decia:
 no es puesto seguro este
 para reñir, y partia.
 Tiró delante y seguíle,
 dispuesto me apercebia,
 resuelto á lo que saliere;
 y acelerados con prisa
 fuimos travesando calles,
 y al cabo de ellas habia,
 fuera ya de la ciudad,
 unas paredes hundidas,
 un sitio tan tenebroso
 que horrorizaba aun de dia.
 Allí se volvió, y me dijo
 con voz profunda y sentida:
 aqui han de matar á un hombre,
 Lisardo, enmienda tu vida,
 repara bien lo que haces
 y no vivas tan aprisa.
 Esto dijo, y al instante
 como sombra oscurecida
 desapareció. Ya puedes
 ver como yo quedaria,
 dejándome tan helado,
 que allí acabára la vida,
 y juzgo me halláran muerto,
 si la clemencia divina
 no me hubiera dado esfuerzo,
 ¡O Providencia infinita!
 cuál es la misericordia
 de tus entrañas benignas;
 pues sin bastarme los bríos,
 mi cuerpo en tierra caía,

desaliñado el semblante,
 interpolada la vista,
 angustiado el corazon,
 que en los temores la prisa
 siempre ha sido perezosa.
 Mas cobrando nueva vida
 desamparé poco á poco
 el puesto de mi ruina.
 Vuelvo á la ciudad pasmado,
 las sombras me estremecian,
 y por si siguen mis pasos
 volviendo siempre la vista.
 Todo cubierto de sombras,
 con mortales agonías,
 de mi posada las puertas
 toqué, y de pronto me abria
 mi criado, y conociendo
 cuan sobresaltado iba,
 preguntándome la causa
 de todo le di noticia,
 por tener de él confianza,
 que las penas repetidas
 comunicadas son menos,
 si hay quien ayude á sentir las.
 En fin pasé aquella noche
 con desvelos; y á otro dia
 Teodora entró en el convento
 con la ostentacion debida,
 con el honroso aparato
 que la ocasion requería.
 No quisiera ser molesto,
 pero tu atencion me obliga:
 perdóname, amigo Cárlos,
 mi dilatada osadía,
 que aqui cesa aquesta historia,
 mientras que se fortifica
 y corrobora el discurso,
 para que adelante siga
 con segunda relacion
 de otras penas mas crecidas.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto que la licencia
me tienes ya concedida,
Cárlos, escucha hasta el fin
lo que una pasión motiva.
Después que hubo Teodora
logrado tan santa vida,
y estado de religiosa,
ya en la clausura metida,
yo refrené mis pasiones,
modesto anduve unos días
disimulando mi pena.
Le hacia algunas visitas
ya en público ya en secreto;
pero con tal modo iba
que jamás causé recelo
de las sospechas antiguas.
Cansado ya de aguardar
mi pasión me precipita,
interponiendo papeles
que á Teodora le escribia.
Cuatro meses se pasaron
reiterando esta porfía,
hasta que tocó el demonio
el clarín de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dejó á Teodora vencida,
toda embebida en deseos,
toda en celos sumergida,
y otras muchas apariencias
que el demonio la ponía,
y sin poder reportarse
me llamó, y me dijo un día:
Lisardo mio, ya ha tiempo
que me tienen tan sin vida
un ejército de celos,
un tropel de ansias prolijas,
un lago de pensamientos,

que aunque quiero, no soy mia.
Tan tuya me constituyo,
que si tú te determinas
á sacarme del convento,
sin que el temor lo resista,
sin que el pundonor lo estorve,
me arrojaré compelida
á los lazos de tu amor,
y hallando en ellos cabida
tratarémos nuestras bodas,
ofreciéndote la vida
y mi mano juntamente
que es el triunfo de mis dichas.
Le respondi: dulce dueño,
amada prenda querida,
no quiero morir creyendo
con el donaire y la risa,
que me quieres engañar.
Teodora me respondía:
no os engaño, no por cierto,
sino que tu cobardía
busca ya desaguadero
para olvidarme. Y aplica
un lienzo blanco á sus ojos
que rasados los tenia
en lágrimas; y entendido
de que no era fantasía
ni sueño lo que escuchaba,
le dije: Teodora mia,
desde luego me consiento
en hacer cuanto me pidas,
sin que riesgos me acobarden,
aunque perdiera mil vidas.
En fin, trazamos el modo
de que una noche yo habia
de ir á escalar el convento,
y ordenar nuestra partida.



Llegó la aplazada noche
 que no tardó su venida,
 me armé lo mejor que pude,
 y sin llevar compañía,
 tocando el reloj las doce,
 sin advertir las ruinas
 y desdichas que me aguardan,
 al monasterio partia.
 Llegué á las últimas calles,
 donde asombrado me habia
 la primera vez, y apenas
 llegué, como que sentía
 un silencioso ruido
 de gente que ya venia
 siguiéndome las pisadas.
 Pero andando á toda prisa,
 alargué el paso, y quedéme
 oculto tras de una esquina.
 Y al emparejar conmigo
 uno en alta voz decia:
 si ese es Lisardo, matadle;
 muera, muera, repetian.
 Moviendo un tropel de espadas,
 oigo una voz compasiva,
 que decia: ay que me han muerto!
 y luego al punto partian
 huyendo los agresores,
 y en silencio ensordecida
 quedó la calle, y quedé
 que el alma se me quería
 del susto salir del cuerpo,
 y de miedo que tenia,
 pues propiamente yo era
 aquel á quien muerto habian
 á cuchilladas; no obstante,
 con la oscuridad que hacia
 eché á andar, y á pocos pasos
 vi un muerto, cuyas heridas
 estaban vertiendo sangre.
 Aquí ser verdad creía

lo que juzgaba era sueño,
 que en el sitio aquel habian
 de matar á cierto hombre;
 y mas cuando precedia
 verme en tanta desventura,
 con la lengua enmudecida,
 con los pies casi travados,
 quise huir y no podia;
 cuando miro de repente
 que un grande tumulto iba
 acercándose hácia mi.
 Dije: si esta es la justicia,
 y me halla un muerto entre manos,
 por mas que yo me desista,
 me ha de dar muerte afrentosa,
 sin tenerla merecida.
 Temeroso pues de dar
 en semejante ruina,
 escapé, Dios sabe como;
 y yendo á darle noticia
 á Teodora de este asombro,
 de este aviso que me habia
 hecho tragar tantas muertes,
 sin tener mas que una vida;
 cuando de impensadamente
 las campanas se tañian,
 con tan lúgubres clamores
 que en altas voces publican
 la muerte del desdichado.
 Y mas novedad me hacia
 oir tan general doble
 á tal hora, pues indica
 ser el muerto un gran sugeto.
 Llegaba casi á dar vista
 al monasterio, y escucho
 que por la calle vecina
 se oyen funerales voces
 de un entierro que venia.
 Encúbrome en un portal,
 y ví pasar en dos líneas

un grande acompañamiento
 de Eclesiásticos que iban
 puestos de sobrepellices,
 con sus hachas encendidas,
 con su cruz y manga negra,
 y á ninguno conocia.
 Vi á la postre que llevaban
 entre cuatro (qué fatiga!)
 en un pavés á un difunto,
 que una vayeta cubria.
 Acabaron de pasar,
 y como me perseguían
 á un tiempo tantos asombros,
 ya de puro miedo hacia
 valor, algo recobrado;
 y ya que llegando iban
 al monasterio, reparo
 que en la iglesia se veían
 entrambas puertas abiertas,
 con mil luces encendidas,
 y todos se entraron dentro.
 Aqui ya despavorida
 la mente, consideraba
 de que si atrás me volvía
 aun mas peligros me estaban
 amenazando la vida.
 En fin mas muerto que vivo,
 con la sangre helada y fria,
 llegué tambien á la iglesia,
 donde tragando salivas
 estuve á la puerta un rato,
 si entraria ó no entraria.
 Despues que al difunto cuerpo
 en medio puesto lo habian,
 cercado de muchas luces,
 le oí cantar la vigilia,
 y dije: en cantos tan santos
 no puede haber fantasía
 de apariencias ó visiones;
 con que á entrar me resolvía.

Lo mas secreto que pude
 entré, y con agua bendita
 signándome muchas veces,
 ni un Pater noster podia
 rezar, á causa que tantos
 en mí pusieron la vista.
 Ya que nadie me miraba,
 con recato y cortesía
 le pregunté al mas cercano
 de los cantores que habia,
 ¿de quién era aquel difunto?
 Un suspiro dió, y decia:
 es Lisardo el estudiante,
 de quien podeis dar noticias
 vos, como que sois él mismo.
 Aqui sí me acometian
 los verdaderos temores:
 aqui fueron las fatigas,
 aqui fué el tentarme el pecho
 por si herido lo sentía,
 como suele acontecer;
 y á preguntarle volvía
 á otro, á ver si concordaba.
 Lo mismo me respondia:
 á lo cual les repliqué,
 mirasen lo que decian,
 á los dos, que se engañaban,
 que yo de cierto sabia
 que no era Lisardo el muerto.
 Aun acabado no habia
 de decir estas razones,
 cuando aquel que presedia,
 puesto en pié dió una palmada,
 y por todos respondia,
 diciéndome: caballero,
 cuantos están á tu vista
 son Almas del purgatorio,
 que ayudadas y asistidas
 de la oracion y limosna
 de Lisardo, agradecidas



hemos venido á enterrarle,
 y á corresponder benignas,
 pidiendo á Dios por su alma,
 que de presente se mira
 en duda su salvacion,
 y en grande riesgo metida;
 y pues vos nos impedís,
 los oficios no prosigan,
 que así vos lo perdereis.
 Apenas esto decia,
 cuando matando las luces
 todos desaparecian.
 Caí desmayado en tierra,
 y aunque casi muerto, oía
 las divinas amenazas;
 cuando en mi acuerdo volvía,
 incliné al cielo los ojos
 ante Dios, por mi osadía,
 diciendo: Señor, conozco
 el mal ejemplo y doctrina
 que he dado en tu santa casa;
 mas por tu bondad benigna
 propongo de aquí adelante
 enmendar mi mala vida.
 Bien conozco que á ofenderos
 mi vil pasión me encamina;
 mas vuestra misericordia
 de instante á instante me avisa,
 á cada paso me llama,
 y yo ciego en mi porfía.
 Ea, Dios mío, amparadme;
 y entre angustias y fatigas,
 asido de las paredes
 de la iglesia me salía.
 Cuando ya me vi en la calle,
 como que no lo creía,
 y triste y muy pesaroso
 fui á mi casa, y repartía

dineros, joyas y alhajas:
 la ropa de mas estima
 la regalé á mi criado,
 y abrazándole, decia:
 ea leal compañero,
 Lisardo perdió la vida,
 yo propio le ví matar,
 que te daré señas fijas;
 yo le acompañé en su entierro,
 yo asistí mientras se hacían
 sus ecséquias en la iglesia.
 Amigo del alma mía
 ya no nos veremos mas,
 que voy á hacer nueva vida;
 para salvarme me parto,
 porque ya Dios me destina
 donde he de hacer penitencia
 lo restante de mi vida.
 Mañana irás al convento,
 dando á Teodora noticia,
 dirás lo que me ha pasado,
 que reflexione su vida,
 y que me encomiende á Dios,
 que todo el tiempo que viva
 no me verán mas sus ojos.
 Con lágrimas repetidas
 estas razones le dije
 por última despedida,
 quedando el triste criado
 tan asustado, que hacia
 extremos de sentimiento
 cuando vió que me partía.
 El Señor que nos defienda
 de tentaciones nocivas:
 y de los lazos del mundo,
 porque al partir de esta vida
 subamos todos triunfantes
 á la patria esclarecida.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 18.

